

Historia de los perdedores. De los neandertales a las víctimas de la globalización

DE LUIS ÍÑIGO E. FERNÁNDEZ, BARCELONA, ESPASA 2022, 445 PP.

La memoria es la facultad por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado, es la remembranza de aquello que forma parte del bagaje humano-cultural de una persona o colectivo. Hay veces, sin embargo, que, de determinados episodios, asuntos, personajes, no es posible hallar rastro. Sencillamente porque han sido suprimidos por los “vencedores” de un choque de poder, a pesar de que aferrarse al recuerdo sea un derecho inalienable, un consuelo a todos debido, y su sustracción resulte dolorosa hasta extremos insospechados. Ahora bien, en esos escenarios soterrados, tapados a la vista, ignorados a propósito, se almacenan a menudo páginas memorables (merecedoras de atravesar la memoria, pues), imponentes patrimonios humanos que pasan desapercibidos por el desprecio o la negación a que han sido sometidos.

“Historia de los perdedores. De los neandertales a las víctimas de la globalización” del historiador Luis E. Íñigo Fernández es un ensayo que no tiene desperdicio. Es un ensayo, toda vez que se ciñe a reglas limitadas y precisas de investigación, sin abrir la puerta a divagaciones ni a ningún tipo de digresión. Sin embargo, el relato, por su desbordante capacidad narrativa altamente evocadora, por su derroche de fantasía y viveza, por la libertad creadora que lo envuelve, en ocasiones parece desembocar en derivaciones más propias del mundo de la novela. Tanto es así que a menudo el lector se descubre contemplando con asombro una ficción alimentada con la imaginación, una narración inspiradora que se va diseñando entre elementos heterogéneos dispares, no sujeta a límites ni a demarcaciones estrechas.

Tenemos en las manos una obra de singular clarividencia, hilada con el regusto amargo, pero a la vez minuciosamente objetivo, de quien toma nota desapasionadamente de tropelías groseras de la historia. En ella, el autor se propone restituir a los olvidados el puesto que les corresponde, devolverles el

papel que les fue negado en su día. Y, peor aún si cabe, les fue negado posteriormente, por su desaparición de las crónicas históricas. Hablamos de colectividades humanas tan variopintas como los neandertales, los campesinos egipcios, los esclavos romanos, los bárbaros, los herejes, los marginados del medioevo, los nativos americanos, los templarios, los homosexuales, los obreros víctimas del capitalismo y de la globalización, además de un largo etcétera, conjuntos humanos todos ellos cuya traza se desvaneció sin más o bien fue objeto de un trato indigno.

Los distintos acontecimientos y trasfondos que el autor analiza de forma concienzuda, amena, extremadamente aguda, apuntan a la necesidad de apostar por una lectura nueva, equilibrada, justa, de la historia. Una lectura, en otras palabras, que ponga las cosas en su sitio y vuelva del revés esa tendencia humana tan inhumana de encumbrar a los poderosos y arrojar al pobre a sumideros insalubres.

Un par de casos emblemáticos de los primeros capítulos capturan la atención: hacia el año 2650 a.C. el Imperio Antiguo de Egipto comenzó su apogeo, y se prolongó durante cerca de medio milenio, periodo en el que la cultura de los faraones brilló con todo el extraordinario esplendor que sigue derrochando aún en nuestros días. Formidables avances técnicos y científicos e impresionantes logros culturales y artísticos tuvieron lugar. Y, sin embargo, los frutos de esa excelsa civilización no estaban bien repartidos. En la base de la pirámide social, que incluía a un tanto por ciento altísimo de la población, la lucha por la subsistencia absorbía la vida cotidiana de hombres y mujeres humildes, que no eran conscientes de que estaban sosteniendo todo con su esfuerzo, sin obtener apenas beneficio alguno. De hecho, la vida de aquellas personas anónimas nos resulta desconocida. Porque carecían de voz, y quienes podían dársela, no tenían interés alguno en hacerlo.

En otros casos, el anonimato forzoso obedece a razones de otra índole. Así, la marginación sufrida por los neandertales de las páginas de la historia no es debida a su tosquedad, brutalidad o salvajismo, como se ha pretendido hacer pensar. Lejos de encajar en tal estereotipo, los neandertales eran seres magníficos que sobrevivieron adaptándose sabiamente a cambios radicales en su entorno. Conocían el valor de la cooperación, cuidaban a los impedidos, enterraban a sus muertos, incluso llegaron a desarrollar las primeras formas de arte conocidas. Pero el caprichoso destino quiso hacer de las suyas en forma de imprevisibles fenómenos atmosféricos que condicionaron paulatinamente la configuración de los distintos entornos humanos, con secuelas inexorables de tipo climático.

Pues bien, similar patrón se sigue en cada uno de los episodios estudiados. Y es siempre el afán por rescatar del olvido lo que mueve a Luis Íñigo, quien –sobre la base de un exhaustivo encuadre histórico– pone todo su empeño, su habilidad y recursos al servicio de una exposición fructífera para quienes desean cultivar una mirada alternativa que, de esa suerte, permita redescubrir la verdadera envergadura de los relegados al anonimato.

La lectura de cada uno de los veinte capítulos invita a emprender un viaje retrospectivo en el tiempo. Una travesía que realizar de puntillas y en silencio, porque la verdadera construcción histórica no puede más que consagrarse a la memoria de los que han sido borrados de un plumazo. Y porque todos esos colectivos anónimos forman parte de la multitud de los sin nombre, de cuya memoria, como dijera Walter Benjamin, depende la construcción humana de la historia. Bien lo sabemos en estas islas y en estos tiempos, en que asistimos desolados a la tragedia de innumerables vidas malgastadas en la travesía desesperada de los inmigrantes subsaharianos. Ellos son otros perdedores de la historia, de esta historia inhumana que estamos forjando los seres humanos contemporáneos, la cual parece tener como piedra angular precisamente su olvido.

Cautivan la atención en cada capítulo sugestivos párrafos cargados con una densa carga de humanidad, que busca justamente redimir ese infeliz olvido, sacudir a tal fin las bases del pensamiento y abrir paso a una mirada amplia capaz de ubicarse en los márgenes, con el ambicioso objetivo de introducir en la historia a los marginados. Porque sin ellos, la humanidad es menos, sobre todo menos humana. O mejor aún, el estudio busca alumbrar decididamente una sociedad que no conozca márgenes.

Por cercanía cronológica, o por afinidad de edad tal vez, me ha resultado especialmente sugerente el capítulo 17: “Herramientas desechadas: los ancianos”, muchas de cuyas afirmaciones me parecen de una lucidez irrefragable. Íñigo Fernández constata que nuestro mundo no es un buen lugar para envejecer. ¡Quién lo diría, hoy que disfrutamos de tantos avances tecnocientíficos que hacen posible una larga vida! Pero así es, paradójicamente. Nunca antes en la historia, tristemente, la autoridad nacida de la experiencia había gozado de menor reconocimiento. El cambio acelerado, consecuencia (¿buscada a propósito, quizás?) del desarrollo tecnológico, hace tabla rasa de las certezas y prioriza el futuro sobre el pasado, lo nuevo sobre lo viejo, observa perspicazmente. El materialismo imperante, tras el que subyace una moral de tintes nítidamente hedonistas, exalta la juventud y desprecia la inevitable decadencia

del paso de los años. Y se opta, pues, por construir sobre una falta alarmante de bases sólidas, tal vez por tratarse de un colectivo más fácil de manipular, me atrevo a elucubrar.

Y señala que, en un mundo esclavo de un consumismo frenético, la obsesión por el rejuvenecimiento alcanza hasta extremos enfermizos. Tanto es así que termina por hacer del ser humano un objeto de consumo de sí mismo. Por eso, muchos ancianos se retrotraen a un pasado sugerente –pero nebuloso– y hablan de *sus tiempos*, habida cuenta de que estos no lo son. No se encuentran en ellos. Así, en línea con Bauman, Luis Íñigo hace ver cómo la sociedad actual está unida por vínculos tan líquidos que el individuo parece un turista que camina por su vida sin rumbo fijo. Buena imagen ésta del turista, fácil de aferrar para nuestra sociedad canaria tan afectada por este fenómeno que todo invade y condiciona. Porque mientras avanza, al turista tan solo le interesa el día a día, gozar de aquello con que se ha de encontrar en este momento. Nada existe más allá, ni antes ni después. Por eso, el ser humano de nuestros días va cambiando a cada instante los referentes que lo convierten en humano: amistades, parejas, empleos, hasta ideas y valores, asevera. En otras palabras, nos pasamos la vida construyendo sobre agua, sin cimientos firmes. Y ¿qué puede sentir un anciano cuando ve que todo a su alrededor se desmorona?

Me temo que el elenco de episodios estudiados por el autor podría ampliarse aún en proporciones sobrecogedoras. Porque en muchas regiones del planeta, en culturas y entornos sociales de otros signos, se han dado y se siguen dando atroces arbitrariedades, con la consiguiente acumulación fatal de víctimas ignoradas. El caso es que todo vale con tal de sacar adelante proyectos políticos hegemónicos que aniquilan a todo aquel que osa oponerse. La sabiduría y competencia como investigador de Luis E. Íñigo Fernández tiene aún un amplio terreno por desbrozar, con abundantes narrativas y episodios semidesconocidos que es preciso sacar a la luz para rescatar de la fosa también a otros muchos perdedores.

Concluyo con un texto de Bertolt Brecht, titulado “Preguntas de un obrero que lee”, que se me antoja del todo procedente:

¿Quién construyó Tebas, la de las siete Puertas?

En los libros aparecen los nombres de los reyes. ¿Arrastraron los reyes los bloques de piedra?

Y Babilonia, destruida tantas veces, ¿quién la volvió siempre a construir?

¿En qué casas de la dorada Lima vivían los constructores?

¿A dónde fueron los albañiles la noche en que fue terminada la Muralla China?

La gran Roma está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió? ¿Sobre quiénes triunfaron los Césares?

¿Es que Bizancio, la tan cantada, sólo tenía palacios para sus habitantes?

Hasta en la legendaria Atlántida, la noche en que el mar se la tragaba, los que se hundían, gritaban llamando a sus esclavos.

El joven Alejandro conquistó la India. ¿Él solo?

César derrotó a los galos. ¿No llevaba siquiera cocinero?

Felipe de España lloró cuando su flota fue hundida. ¿No lloró nadie más?

Federico II venció en la Guerra de los Siete Años ¿Quién venció además de él?

Cada página una victoria.

¿Quién cocinó el banquete de la victoria?

Cada diez años un gran hombre.

¿Quién pagó los gastos?

Tantas historias.

Tantas preguntas.

Antonio Paneque Sosa